

un vivo testimonio, el famoso lienzo que aparece en la sacristía de El Escorial, pintado por Coello.

Y es que, la gran familia hispana, ortodoxa a machamartillo, hambrienta siempre de procesiones triunfales, guiada por sus monarcas más devotos, procuraba dar a estas fiestas del «Corpus», un realce extraordinario y deslumbrador, cumpliendo, además, lo ordenado por el Concilio de Trento: El «Corpus», era la fiesta más popular de todas las fiestas nacionales. Porque representaba el triunfo de la fe católica frente a las herejías reinantes, y porque España ha sido siempre, y lo es ahora, la nación más eucarística y mariana de la tierra.

En este año, primero postconciliar, cumplamos, también, los ardientes deseos del Papa, Pablo VI, el Pontífice de la Eucaristía, y de la Virgen, florecidos en su maravillosa Carta-Encíclica sobre el MYSTERIUM FIDEI, en donde exhorta a los cristianos, a promover el Culto Eucarístico como palanca poderosa que mueve el ánimo de los creyentes para cultivar el amor, «social», entre todos los hombres.



PAGINAS ANTOLOGICAS

La melancolía

A la luz tibia de otoñal ocaso
entre marchitos árboles torcía
mi errante senda el caprichoso acaso;
deidad hermosa y triste hallé a mi paso
y eras tú esa deidad, Melancolía.

De derribado muro rotas piedras
eran tu trono, al que mullida alfombra
las enlazadas hiedras
daban, y un sauce vacilante sombra;
allí sentada, al cielo transparente
levantabas, marcada con el sello
de tranquilo dolor, la augusta frente;
y brillaba en tus ojos seductores
el que nos dejan pálido destello
los perdidos amores.

Me miraste llegar, y sonreíste
con la incierta sonrisa
que deja al alma triste
entre el dolor y el júbilo indecisa;
y a mí viniendo con semblante amigo,

me asiste de la diestra, y apartando las mustias ramas, con acento blando cariñosa exclamaste: «Ven conmigo».

Y contigo crucé la selva umbrosa, y vi morir las luces de la tarde, y vi nacer la estrella esplendorosa que la primera en las tinieblas arde, y respiré feliz el triste encanto que, halagándonos más que la alegría, los ojos baña en delicioso llanto.

Y desde entonces, al morir el día, escalo audaz las pardas rocas del monte, y a la oscura umbría voy, donde fiel a tu amador aguardas; y de tu mano asido la senda busco del oculto nido; y donde el breve espacio el bosque cierra, nuestro horizonte con sus verdes velos, evoco los recuerdos de la tierra y tú las esperanzas de los cielos.

TEODORO LLORENTE

La profesora adjunta

(Breve historia de una madre de familia numerosa)



El joven matrimonio Rávena, en el corto espacio de doce años, y por sus pasos contados, llegó a la bonita suma familiar de ocho hijos. (Familia numerosa de primera categoría).

A pesar de la contextura de la señora de Rávena, fina y pequeña—según su marido, tenía muchos metros debajo de tierra—; los hijos al nacer eran unos angelotes rubios que pesaban cuatro kilos. Sólo uno que vino al mundo prematuramente por una caída de la futura madre, no tenía el desarrollo físico debido. Ella le miraba entristecida y le llamaba «su patito feo», recordando aquel cuento de Andersen que leyó cuando era niña y que tanto le había impresionado.

—Será el más guapo de todos— se decía.

Pero a medida que pasaba el tiempo, le veía consumirse, a pesar de llevar al extremo sus cuidados y sus mimos, incluso contraviñiendo los más elementales consejos de la higiene infantil, pues el niño no dormía en su cuna, sino en la cama a su lado, para dar calor con su cuerpo a aquel pobre cuerpecito falto de calorías y de vida.

Pero sucedió lo que irremisiblemente tenía que suceder. Una noche que no se borraría jamás de su memoria, sintió un casi imperceptible estremecimiento en su brazo, sobre el que descansaba la cabecita del niño, y que la hizo estremecerse de pies a cabeza.

Aterrada, gritó más que dijo a su marido:

—¡Enciende!

—¿Qué pasa?

—¡El niño!

Así era. Ya, entre sus brazos, sólo tenía un montoncito de huesos y pellejo, envuelto en unas telas que abultaban y pesaban mucho más que él. ¡Primer rudo golpe que el matrimonio Rávena sufrió!

Cuando a la señora de Rávena le acongojaba alguna amargura, sentía la necesidad de trasladarla al papel en cortos renglones y en